

No sé

A Fernando Bravo.
A José Canal.

No sé de dónde vendrán,
de qué vientos, tantas lágrimas.
Si voy midiendo mi historia
no es para llorar palabras,
ni para reír, si acaso
para mojarme en nostalgias
o quedarme serio y triste
ante la Vida o la Nada.

No es para llorar y lloro
y es que no sé qué me pasa,
no sé ni por qué hago versos
cuando más me duele el alma.

JESÚS DELGADO

Dedicatoria

para un paisaje

El corazón de la tarde se ha muerto, amigo mío,
quedándose en los ojos una densa tristeza.

Hemos soñado tanto, tan honda y largamente;
hemos soñado tanto en la caricia fresca,
en la boca frutal, en la mano graciosa,
en el silencio virgen,
en el beso transido...
hemos soñado tanto, tan honda y largamente,
que ahora el inaudito crepúsculo nos hiere,
nos asombra con su delgada luz,
nos sobrecoge con su ausente alegría,
nos colma con su fino silencio,
agudísima luz, incisivo silencio.

El corazón de la tarde se ha muerto, amigo mío.

JUAN ANGEL IGLESIAS

CACERES y BADAJOZ

VIEJAS CIUDADES ESPAÑOLAS

EL URBANISMO Y EL ESPIRITU

No me había ocurrido el apartarme en pleno verano de estas regiones norteñas para llegar, rápida y fugazmente, a través de Castilla, hasta Cáceres y Badajoz.

Es aquí todo abigarrado y cosmopolita en el verano. En la ciudad nueva surgida de las ruinas humeantes de la vieja puebla, extranjeros y veraneantes ávidos de playa y mar rivalizan con los aborígenes en brevedad de vestidos y promiscuidad de costumbres fáciles y, salvando las diferencias que la naturaleza misma estableció entre cada playa, costa, montaña, ribera o bahía, difícil sería establecer una distinción entre lo que añadió el hombre a estas nuestras y a sus vecinas españolas o a sus afines de la costa Brava Catalana, la azul traspirenaica o las de Florida o California.

Y, por el contrario: ¡cuán distintas surgieron en la llanura las agujas de la Catedral de Burgos, y al caer la tarde que los doraba, cómo se percibían a lo lejos, cruzado el Tormes y camino de los Arapiles, los innúmeros campanarios de Salamanca y qué genuino y entrañable aparecía cada lugar con sus eras y sus alcores y su iglesia majestuosa y qué característica aquella llanura, los otros dilatados páramos austeros, los encinares que se remontan por los cerros que se pierden en la lejanía, los alcornocales que se bañan al sol; aquellas callejuelas del Cáceres viejo entre morisco y blasonado, la vega del Guadiana con la puerta de las Palmas por cancel y la muralla rubia y las casuchas blancas y las torres bermejas de la capital de la baja Extremadura! ¡Y, pese el mayor calor, cuánto más propios y españoles aquellos aldeanos bien vestidos en el sentido de cubierta sus carnes volviendo de la trilla o al frescor de la tarde en la plaza, que los norteños a la moda de atuendos abreviados!

Esta impresión colorista de un viaje fugaz, no vendría a cuento si no se relacionara con cierta discusión a la sombra de un patio extremeño. No fué sobre labores campestres, ni ganaderas. Más o menos las suscitaron unos honrados vecinos a propósito del derribo de la muralla pacense y de cierta gran vía proyectada. Afirmaron que la iniciada demolición, el relleno de los fosos y los vastos planes municipales fundados en aquellas destrucciones y las sucesivas,

vendrán a ser la liberación de la ciudad, oprimida por tanta anti-
güalla sin estilo.

No puedo ni debo discutir el valor intrínseco del viejo Badajoz. Probablemente es cierto que en su conjunto y en los más de los detalles, como otras ciudades extremeñas y castellanas, como cada pueblo de los muchos llenos de abolengo de sus provincias, carece de gran valor arqueológico, arquitectónico o turístico. Pero, ¿es qué va a adquirir alguno urbanístico porque mal y a destiempo se remede sobre las ruinas de lo existente la traza vulgar de cualquier ciudad de la periferia española o del ancho mundo? Por ese camino, ciertamente, sólo llegarán a eso; a un desmedrado calco de lo que en cualquier parte existe, en contra, además de las conveniencias y necesidades del clima.

Y por otra parte, el tiempo, que con su paso da graduación al vino, y al hombre experiencia, presta a las obras humanas valor extraordinario si por sí mismas y cuando se hicieron sólo merecían conceptuarse en el intrínsecamente vulgar? ¿Cabe mayor aprecio que el de que gozan las cavernas de Altamira y son algo mejor en sí que una oquedad subterránea en donde habitaron los prehistóricos iberos? ¿No se exhibe en la más lujosa «boutique» de la calle de Serrano, a la avidez del nuevo rico o del americano sin historia, una mesa de roble taraceado por la carcoma que yacía en el desván de una alquería castellana?

Tal vez las murallas pacenses no tengan aún la antigüedad precisa para ser maravillas; acaso las calles estrechas y tortuosas, las casas enjabelgadas y de dos pisos cuando más, con rejas en los bajos y geranios en los aleros, no alcancen aún el valor de la casa de las Conchas, por citar una valiosísima. Pero, dejarlas. El tiempo correrá, y como la vieja Nuremberg, ciudad de artesanos y burgo-maestres, es hoy, conservada tal cual era siglos ha, joya inigualable en el corazón de una urbe multimillonaria, industrial y rica y pasmo de propios y extraños, así pueden llegar a serlo antes de que se piense, ese Badajoz, ese Cáceres, ese Trujillo, que si hoy, por su riqueza y por la que esperan, presienten estrecho su ámbito actual, quieran ensancharlo, bien pueden hacerlo sin menoscabo de lo que son hoy, por los alrededores, en esas vegas, en la margen del Guadiana. Badajoz, proyectando a su sabor y en terreno virgen, por así decirlo, ciudades modernas de vías anchas y rectilíneas, con edificios de muchos pisos, que vengan a ser los brillantes marcos de las pueblas antiguas.

Y no es sólo una teórica estética o urbanística la que apunto. Tiene mucha mayor trascendencia. Entra en las regiones del espíritu y atañe a las raíces cordiales de las esencias españolas. Sin duda se hallan éstas mucho más puras y sin tacha en el interior de la Península, que en su periferia, y las provincias centrales, salvo Madrid, son las que conservan ese tesoro espiritual mucho más acendradamente. Y aunque parezca que no, la naturaleza y el pueblo y la ciudad vienen a ser como el pomo que encierra aquel perfume. José Permartín ha abordado este tema en el A. B. C. Se refería a la anemia-

a la asfixia social de las grandes masas urbanas vital y espiritualmente empobrecidas y despersonalizadas y aducía en apoyo de su tesis el testimonio de Alexis Carrel cuando afirma que la civilización moderna «la del trabajo en serie y los rascacielos, es contraria al desarrollo (y a la conservación añadido yo) de la personalidad humana».

Y aunque referida a otros órdenes espirituales más puros, viene aquí a cuento también la exhortación de San Pablo a los Galatas «Si vivimos en Espíritu, en Espíritu caminemos. No codiciemos vanagloria envidiándonos mutuamente». Y no cabe mayor vanagloria que cifrar la de un pueblo en poseer una gran vía como la de cualquier lugar de Ohio y envidiar casas de siete pisos, para disipar por el ladrón de esos pedestres sentimientos su verdadera esencia urbana; substratum, de la personalidad de la «urbs» y vehículo en el camino de su historia a través de su espíritu esencial, que sus mayores la legaron y que encierra mucho más subido valor que todas aquellas fútiles y pasajeras pretensiones de relumbrón.

Y no cuento con que, para quien estimara deleznable consideraciones espirituales hablando de asfalto, ladrillo y cemento, también materialmente saldría la cuenta más galana dejando las cosas como están que modernizándolas, pues el tiempo vuela y muy pronto y al paso que vamos, será maravilla y objeto de la mayor curiosidad cotizabile económicamente, el poder mostrar una vieja ciudad española de estas que tan alegre e imprevisoramente desmoronamos.

PEDRO DE ESCALANTE

Santander, 1953.

Poesías selectas de Angel Marina

Por FRAY ENRIQUE ESCRIBANO

Volumen noveno de la Colección de Estudios Extremeños
(Sección de Literatura), publicados por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES